

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Lunes, 18 de Febrero de 2008

LO QUE ME CUENTAN LOS OJOS DE UN NIÑO AFRICANO

El artículo que estoy escribiendo en estos momentos pretende ser un artículo más que serio. Hoy escribo un artículo de compromiso, de reflexión, y no sé si se notará pero cada una de las letras que ustedes tienen la oportunidad de leer sale de lo más profundo de mi alma, de mi corazón. Y sobre todo, hoy no quiero hacer humor en mi discurso. Hoy me lo guardo.

Lo mismo que una reflexión humorística puede aclararte ciertos temas, ciertos aspectos, o abrirte nuevos puntos de vista, una reflexión seria sobre un tema muy serio puede ayudarte a, por lo menos, abrirte la posibilidad de recapacitar y reflexionar con mayúsculas. Hoy casi nadie reflexiona seriamente. Estamos en una sociedad podrida de dinero y su única doctrina es el materialismo radical. Y es un error. Pero la sociedad parece carecer de racionalidad, algo que debería caracterizar siempre al ser humano. Sin embargo, parece en ocasiones, que esa racionalidad no es sino mero convencionalismo. Lo dicho: es una pena.

Hoy lanzo una mirada hacia quienes gritan en el abismo de la pobreza. Miro fijamente a los ojos cansados, abatidos, casi sin alma, de aquél niño que por culpa de enfrentamientos raciales ha perdido a su familia. Este niño me mira suplicante ante la pasividad de quienes pasan a su lado. Y su mirada quema como el fuego del Hades. Debe ser una advertencia destinada a todos los que formamos parte de esta sociedad en que solo valora el ocio. Esa mirada quemante me dice que, el que me mira no conoce el significado de *ocio*. Y yo no me atrevo a explicárselo. Posiblemente sería una falta de respeto. Pero aún más, es una vergüenza. Sus ojos me dicen que no conoce lo que es la carne asada. Me dicen que el único manjar que ha tomado ha sido un poco de harina mezclada con el agua que han podido extraer de un pozo cercano. Y que eso es lo más parecido al paraíso que ha sentido. Su estómago se llenó por vez primera de algo distinto al aire. El aire es un elemento que solo debe llenar los pulmones, pero no me atreví a contestárselo. Su mirada me pregunta el significado de la palabra *cena*. Mi estómago se sobrecoge terriblemente. No tengo fuerzas para explicárselo. Este niño me quema de forma brutal.

Sus ojos reflejan uno de los episodios más crudos que ha vivido: su participación en la guerra. Me dicen sus ojos que han luchado en un conflicto que no entendía. Me pregunta por qué le han obligado. Me pregunta por qué en su país hay armas y no hay comida. Y es entonces cuando mis ojos no soportan tanto escozor y una lágrima recorre mi mejilla como queriendo huir de aquella penetrante y ardiente mirada. Sus ojos me dicen que no hacen falta las armas en su país, que la escasez de comida ya es suficiente para que se abran grandes fosas y se rellenen de cadáveres.

La mirada del niño es fulminante. Pero mis ojos no pueden evitar retirarles a los suyos mi mirada. Sus ojos me preguntan por qué ha nacido en ese país y en esas condiciones. Me preguntan si acaso es debido a una maldición. O es una penitencia. Sus ojos me dicen que han visto el infierno y eso que todavía no ha muerto. ¿O acaso sí? Me pregunta si realmente vive o está muerto y no es consciente de ello. Yo quiero explicarle, pero mis ojos solo le responden derramando unas lágrimas que, posiblemente él no puede derramar. No puede permitirse el lujo de derramar una sola lágrima. Sencillamente, por que esa lágrima le hace falta.

Miro a sus ojos y me preguntan qué es jugar. Y yo no puedo responder. No sabe lo que es jugar porque nunca lo ha hecho. Para él, lo más parecido que ha hecho ha sido disparar la metralleta. Me pregunta qué es la diversión. Su mirada quema, no se apaga. Su alma está destrozada. No posee esa viveza infantil que caracterizan a los niños de su edad. Posiblemente, esa viveza fue asesinada quién sabe por quién.

Sus ojos me preguntan si el futuro existe. Y yo, conquistado por la ternura que desprende el calor de su mirada, no puedo responder más que derramando unas cuantas lágrimas. Me dicen sus ojos que si existe el futuro y es como el presente, no tiene futuro. Por lo tanto, no existe. Sus ojos me piden ayuda, me reclaman. Y los míos les contestan preguntándoles qué puedo hacer yo.

Su mirada me pregunta si existen las camas, los baños, las piscinas, las playas. Este niño no ha dormido nunca en cama. Su aseo pasa por lavarse al borde del lago que hay cercano a su población. Pero el agua es portadora de tífus, cólera o viruela. No sabe qué es una piscina. No sabe qué es una playa. Sería imprescindible saber primero que es el ocio. Pero me es imposible darle algún tipo de explicación. Estoy muy avergonzado porque aunque lo sé, mi alma no puede evitar impedirme dar explicaciones.

Su mirada me pregunta si existe algo que de verdad pueda llamarse ropa. Él pasa la mayoría del tiempo con unos *pingajos* que ha podido intercambiar a cambio de una parte de su comida. Y mi alma se vuelve a estremecer. Me pregunta si existe el calzado. Él nunca ha usado calzado y sus pies tienen unas enormes llagas que le supuran con frecuencia. Me pregunta qué fue lo que hicieron sus padres para que los mataran. Y una sensación atroz de impotencia recorre todo mi cuerpo. Eso no tiene explicación humana posible.

Su mirada me pregunta si realmente existe la felicidad o es mera ficción. Entonces me derrumbo como un castillo de naipes y rompo a llorar como un niño de su edad lo haría en nuestra sociedad. Pero él no derrama ninguna lágrima, a pesar de que tiene muchos más motivos para hacerlo que nosotros. No conoce el sabor del agua potable, y derramar una lágrima significa un echar un trago de aguas fétidas. Sus ojos me preguntan si sé lo que es beber aguas fecales. Y yo permanezco abatido. Bajo mi mirada y recapacito sobre lo que eso debe suponer.

Finalmente, sus ojos me preguntan, por qué mi sociedad aparta la vista de ellos y los ignoramos como si de meros animaluchos se tratara. Por qué consentimos que viva esa situación. El niño me dice que si existen los derechos humanos, y se suponen que son universales, por qué no se aplican a su país. Me pregunta por qué tiene que trabajar para ganarse un sueldo ínfimo cuando en nuestra sociedad eso sería explotación infantil. Me pregunta por qué los ricos de su país son cada vez más ricos. Me pregunta por qué siendo su país uno de los más ricos en recursos económicos es uno de los más pobres del planeta. Y no puedo responder sino con lágrimas y llanto. Mi alma queda completamente marcada a fuego, ése fuego que desprende su mirada.

Pero su mirada ha conseguido ganarme. Me ha concienciado sobre esa situación que él esta soportando. Y es que, señores/as, tenemos tres continentes que se nos mueren de hambre: Latinoamérica, África y Asia. Y quienes menos culpa tienen y pagan el precio más alto son los niños. ¿O acaso se merecen vivir en esas condiciones? Occidente debería estar avergonzado. Después de siglos de dominación colonial, hemos dejado nuestras antiguas colonias en condiciones inhumanas. El 0,7% del PIB ya no nos vale. Estos países no pueden soportar más años de hipoteca. No basta con la condonación de su deuda exterior, hay que invertir y apoyar la creación de gobiernos que fomenten la verdadera "revolución social". Y dejar de vender armas a sus militaruchos o mirar hacia otro lado.

Somos afortunados, amigos jeymeros. Nosotros apostamos por una causa tan noble, tan bella, tan gratificante, como llevar una pizquita de felicidad a zonas donde, seguramente nunca la han conocido. Con las equipaciones que enviamos a Guatemala, y las que tenemos en proyecto enviar a Benin, conseguimos algo siempre tan difícil como extraer unas cuantas sonrisas de quienes no tienen motivos para sonreír. Y eso se merece mi más sincero reconocimiento, sobre todo a Francisco Javier Calzado Aldaria, que ha sido quien ha impulsado estos proyectos. Y mi enhorabuena a todos los jeymeros y a quien haya comprado nuestra lotería de Navidad por hacer posible que estos proyectos lleguen a buen puerto.

Espero no haber resultado demasiado pedante o ñoño, pero estas palabras me han salido del alma, del corazón. Y si son bonitas (como así lo creo) merece la pena ser pasadas al papel y puestas en el Rincón de Víktor. Un saludo cordial a todos. VK.

